

Pero ese mundo, ¿existe?, podríamos preguntarnos hoy. Cuando se nos dice que los protestantes son nuestros hermanos separados; cuando se dice a los católicos que desde ahora pueden formar parte de la masonería, porque ya no se incurre en excomunión por eso; cuando se dice que podemos dejar entrar a budistas y musulmanes en nuestras iglesias, porque también esa gente tiene derecho a tener su religión y a practicarla como mejor entienda, uno se pregunta: ¿Dónde está el mundo hoy? Si Nuestro Señor estuviese aún entre nosotros, ¿habría pronunciado estas palabras: «El mundo me odia, y también os odiará a vosotros, porque creéis en Mí»? ¿Dónde está ese mundo? ¿Acaso dejó de existir? No, al contrario: nunca ha existido tanto como hoy; jamás el demonio ha tenido tanta influencia en nuestro mundo. Y toda esta influencia va contra Nuestro Señor Jesucristo. Por eso debemos mantener firmemente nuestra fe en Nuestro Señor Jesucristo.

Conclusión.

Concluyamos diciendo que debemos ser fieles. La fidelidad debe ser el atributo de los verdaderos católicos. Por eso se nos da el nombre de *fieles*. Si somos fieles, hemos de practicar la fidelidad. ¿Y qué es la fidelidad, sino cumplir nuestros compromisos, mantener nuestra fe en lo que se ha realizado en el pasado? No puede haber fidelidad sin algo que haya sido dicho o concluido en el pasado. Hay que ser fiel a la propia palabra, a la propia fe. Y por eso nosotros queremos ser fieles a nuestra fe, a la fe de siempre.

Nadie puede cambiar nuestra fe. Hoy, como en tiempo de Nuestro Señor y como desde hace dos mil años, Satanás y el mundo están desencadenados contra Nuestro Señor Jesucristo, y contra quienes creen en Nuestro Señor Jesucristo. Por desgracia, hoy vemos que desde dentro de la misma Iglesia, y no ya desde fuera de ella, se pretende limitar el reino de Nuestro Señor Jesucristo. Ya no se quiere que Nuestro Señor Jesucristo reine en todas partes, en todos los ámbitos, en todas las almas y de todos los modos posibles.

«Tu nobis victor Rex, miserere: Oh Rey victorioso, tened piedad de nosotros». Sí, que tenga piedad de nosotros y nos ayude a ser fieles. Fieles a la Santa Iglesia, fieles al Sumo Pontífice, sucesor de Pedro; fieles al Santo Sacrificio de la Misa, a los Sacramentos; fieles a nuestra fe, a nuestro Credo, al Decálogo, algunos de cuyos mandamientos se querían suprimir hoy.

Pues bien, nosotros prometemos hoy, queridos hermanos, ser fieles a lo que la Iglesia nos ha enseñado siempre, y transmitir a las generaciones futuras la fe que nos ha sido enseñada por nuestros padres, que nos ha sido transmitida por nuestros sacerdotes, que nos ha sido legada por la Iglesia desde hace veinte siglos.

Se lo pediremos a la Santísima Virgen María, la Virgen fiel, «*Virgo fidelis*», que se quedó con Jesús al pie de la Cruz, sin huir ni abandonar a Nuestro Señor; le pediremos quedarnos siempre con Ella junto a Nuestro Señor.

Homilía de Monseñor Lefebvre en la fiesta de Pascua, año 1977

En los días que han precedido a esta fiesta de Pascua, hemos seguido, no sin emoción, a Nuestro Señor; primeramente, en la última Cena, cuando consagró a sus apóstoles, haciéndolos sacerdotes para siempre; luego, en el Jardín de los Olivos; y, por fin, camino del Calvario.

*En una de las lecciones de Maitines de estos días, San Agustín dice que Nuestro Señor se presentó en todos estos misterios como hombre. Un hombre fue el que sudó sangre, el que luego fue flagelado, el que fue presentado a los judíos («**Ecce homo**: Ahí tenéis al hombre»), y el que, finalmente, fue crucificado, y cuyo corazón fue atravesado por la lanza. Por eso quienes lo crucificaron se burlaban de El frente a la cruz de que pendía, diciendo: «Si eres el Hijo de Dios, baja de la cruz, y creemos en Ti».*

¡Ah, miserables! Y eso que, supuestamente, conocían las Escrituras. Por ellas debían saber que, cuando viniese el Mesías, sería crucificado; que su corazón sería traspasado; que derramaría su Sangre por la redención de los pecados; y que tres días más tarde resucitaría por su propio poder, por su omnipotencia. Como ya lo había dicho Nuestro Señor: «Yo entrego voluntariamente mi alma, y Yo mismo la vuelvo a tomar».

Pero he aquí que, después de esos días, en que muchos de sus discípulos y apóstoles lo abandonaron y huyeron por miedo, Nuestro Señor manifiesta repentinamente, y de manera fulgurante, su divinidad: sale del sepulcro con todo su esplendor, y su cuerpo, más radiante que el sol, derriba por tierra a los guardias. ¡Cómo nos habría gustado estar presentes en este episodio! ¡Cómo habríamos querido poder observar con nuestros ojos lo que vieron los que estuvieron junto a Nuestro Señor en esos momentos!

1º Elección a que nos obliga la resurrección de Nuestro Señor Jesucristo.

Pues bien, este acontecimiento, único en la historia de la humanidad, nos obliga a hacer una elección: o bien creemos que un hombre-Dios resucitó, y que con ello manifestó ser Dios, o bien nos negamos a ello. Nosotros, queridos hermanos, ya hemos elegido. Lo hemos dicho esta misma noche de Pascua, al renovar las promesas de nuestro bautismo. Se nos ha preguntado entonces: «¿*Creéis en Nuestro Señor, que resucitó y subió a los cielos?*». Y nosotros hemos contestado: «*Creemos*».

Hemos repetido entonces, conscientemente, lo que nuestros padrinos dijeron por nosotros el día de nuestro bautismo. Pero ¿hemos reflexionado en que esta profesión de fe nos compromete, igual que en el día de nuestro bautismo, y que tiene consecuencias gravísimas e importantísimas? Pues si creemos que Nuestro Señor Jesucristo es Dios, que el que resucitó el día de Pascua es realmente el Dios todopoderoso por quien todo ha sido hecho, hemos de seguirle y obedecerle. Hemos de hacer como los judíos a quienes los apóstoles recordaban que habían crucificado a Nuestro Señor. Preguntaron ellos: «¿Qué hemos de hacer?». Y los apóstoles les dijeron: «Haced penitencia y recibid el bautismo».

«Hacer penitencia y recibir el bautismo». Así es. A partir de entonces ningún hombre podrá salvarse, ir al cielo, alcanzar el fin para el que ha sido creado, sin recibir el bautismo católico. Y es lógico, pues es necesario que el bautismo le confiera la gracia. Y ¿qué es la gracia? Una participación de la naturaleza de Nuestro Señor Jesucristo. Por el bautismo nos hacemos partícipes de la naturaleza de Nuestro Señor Jesucristo, de su naturaleza divina. Y para entrar en el cielo nos es indispensable esta pertenencia. Sin Nuestro Señor Jesucristo ya no podemos hacer nada, ni realizar ninguna acción meritoria para la vida eterna. El es nuestro único mediador.

Estas son las consecuencias de la resurrección. Sólo un hombre ha podido decir que resucitó por su propio poder, que volvió a tomar el alma que El mismo había entregado. Sólo el autor de la vida y de la muerte es capaz de decir una cosa así. El que así resucita prueba que es realmente Dios. Y los hombres no pueden quedarse indiferentes frente a este Dios que resucita entre ellos y les dice: «Sin Mí nada podéis hacer». Nuestro Señor mismo dijo: «*Quien no está conmigo, está contra Mí*». Tenemos, pues, la obligación de creer en Nuestro Señor Jesucristo; deber estricto, cuya consecuencia es darnos la vida eterna o quitárnosla para siempre. Esto es capital.

2º La resurrección de Nuestro Señor Jesucristo, causa de división de la humanidad en dos bandos.

Pues bien, si echamos una ojeada a los veinte siglos que siguieron a la resurrección de Nuestro Señor Jesucristo, nos veremos obligados a comprobar que, efectivamente, la humanidad se dividió en dos bandos. Frente a los que creen en Nuestro Señor Jesucristo, están lo que no creen. Y el punto en que precisamente se han dividido los hombres es la aceptación o rechazo de la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo. Ya en los comienzos de la era cristiana, con Arrio, Nestorio, Eutiques y Pelagio, todos los errores que circulaban se referían a la persona de Nuestro Señor Jesucristo. O se afirmaba solamente su divinidad, y entonces no era hombre; o se pretendía reducirlo simplemente a un puro hombre, y entonces no era Dios. Se pretendía dividir a Nuestro Señor Jesucristo.

Y ¿por qué motivo? Siempre por el mismo: para escapar de su ley, para no tener que obedecerle, para verse libres de Nuestro Señor Jesucristo. Porque si creemos que Nuestro Señor Jesucristo es Dios, hemos de obedecer a su ley, al Decálogo que nos dio; hemos de obedecer a la fe que nos obliga a profesar nuestro Credo; hemos de obedecer también a toda la Iglesia, que El mismo instituyó,

y por la que El nos entrega el Santo Sacrificio de la Misa y los demás Sacramentos. Todo eso nos compromete.

Vemos igualmente que, después de los errores del comienzo de la era cristiana, la lucha contra Nuestro Señor Jesucristo se desarrolló en tiempos del Renacimiento bajo el pretexto de humanismo, que llevó al protestantismo, el cual, en definitiva, quiso liberarse de la religión cristiana y de la Santa Iglesia de Dios, por medio del libre examen de la Sagrada Escritura: que cada cual piense lo que crea en conciencia al leer la Sagrada Escritura.

Y cuanto más avanzamos, más vemos que los hombres quieren prescindir de Nuestro Señor Jesucristo, hasta el punto de serles normal que las sociedades y familias no sean cristianas, que no acepten ni obedezcan ya a Nuestro Señor Jesucristo. Y, sin embargo, todo está en sus manos. Nadie escapará a Nuestro Señor Jesucristo en el día del Juicio: ni los príncipes de las naciones, ni los reyes, ni los emperadores de este tiempo y de esta tierra.

3º Obligación del cristiano: reinstaurar el reino de Cristo.

Por eso, es obligación nuestra volver a instaurar la sumisión que se debe a Nuestro Señor Jesucristo. El es quien debe reinar en nuestras personas, en nuestras almas, en nuestras voluntades. El es nuestro Rey, porque ha conquistado su reino por su cruz y por su resurrección. Es el Rey de nuestras familias. Debemos seguir entronizando a Nuestro Señor Jesucristo en nuestras familias. El ha creado a los padres y a los hijos. El los ha redimido con su Sangre. También nuestras ciudades, y todas las sociedades, han sido creadas por Nuestro Señor Jesucristo. Las sociedades, al igual que las familias, son creaturas; y así deben también obediencia a Nuestro Señor Jesucristo.

Ahora bien, ¿qué se oye decir hoy en día, particularmente desde el último concilio? Que la sociedad ya no tiene obligación de aceptar el reino de Nuestro Señor Jesucristo, y que se deben poner en pie de igualdad, como si tuvieran el mismo valor, todas las religiones. ¡Ah, no! Eso no lo podemos aceptar de ningún modo, porque sólo Nuestro Señor Jesucristo ha resucitado, sólo El es Dios. Al contrario, hemos de tener un espíritu misionero, y hacer todo lo posible para que quienes no creen se conviertan a nuestra fe. Si realmente creemos que Nuestro Señor Jesucristo es Dios, hemos de predicarlo por todo el mundo, y tratar de instaurar su reino en todas partes.

Se nos dirá: Eso ya no es posible en nuestra época. ¿Cómo que no? Sabemos, es verdad, que el reino de Nuestro Señor nunca será perfecto en esta tierra, pero hemos de tender a él. Tampoco llegaremos todos, probablemente, a ser santos, pues siempre tendremos defectos y tendencias al pecado, pero eso no es un pretexto para dejar de hacer esfuerzos para llegar a serlo. No es porque nos cueste alcanzar la santidad, que debemos considerar inútil tender a ella. Dígase lo mismo respecto de la sociedad. Por muchas que sean las dificultades en establecer el reino de Nuestro Señor Jesucristo en nuestras sociedades, no deben servirnos de pretexto para dejar de buscarlo, sobre todo cuando de ello depende la salvación de las almas, de tantas almas que se pierden por culpa de los escándalos del mundo.